

Ombbligo

Megan Valeska Melo

Winona trataba de acomodarse. Se movía y se movía, pero seguía sin encontrar una posición cómoda. Sin duda, el ombbligo de Allan era el lugar más incómodo para pasar la noche. Pero también el más cálido por lo que diariamente lo utilizaba como su cama. Agradecía que no lo tuviera salido y que durante la noche se mantuviera relativamente en la misma posición. Sólo se movía una o dos veces. Tres en casos excepcionales. Winona conocía tan bien el cuerpo de Allan que en cuanto percibía una de estas ocasiones, prefería dormir en otro lugar, como su oído o en el pequeño hueco de su clavícula. Pero no era tan seguro. Winona trataba de no acercarse a lugares en los que pudiera resultar dentro de las entrañas de Allan. Los oídos tenían un orificio muy pequeño, pero aún cabía la posibilidad de que se abriera y se la tragara. Si eso pasara, estaría dentro de él. Podría quedarse atorada tras pasar el tímpano. Sentiría las vibraciones cada vez que Allan escuchara algo. Podría hablarle, y tal vez así él la escucharía. O tal vez llegaría a su cerebro y escucharía todos sus pensamientos. Pero ella no quería eso.

Se removió de nuevo y Allan dio un suspiro. Cuando no podía dormir se ponía a reunir las pequeñas motas que se acumulaban dentro del ombbligo de Allan. No eran tantas, pero Winona se entretiene mucho haciéndolo. Antes de meterse dentro del pequeño hundimiento, perfectamente redondo, Winona se dedicaba a observarlo. Era la prueba de que había nacido. La cicatriz humana. La prueba de que moría. Por más que revisara su cuerpo, ella no tenía ninguna marca parecida. No había prueba de su existencia. ¿Qué sería ella entonces? ¿Sería acaso Eva, quién no estaba conectada a nada cuando había nacido? ¿A qué estaba conectado ahora Allan? Él respiró profundo y el movimiento arrulló a Winona haciendo que olvidara sus pensamientos.





Allan P l a b r a

Winona se puso boca arriba. La camisa blanca que Allan usaba para dormir era su cielo. Sus estrellas los pequeños agujeros que tenía la tela. Aunque Allan no parecía haberse percatado de su presencia, ella estaba bien así. Si supiera que ella estaba ahí, acurrucada, durmiendo en su ombligo, probablemente se espantaría. Así que sólo observarlo estaba bien. Observarlo, y caminar por su cuerpo, sus grandes piernas, sus fuertes dedos, el delgado cable que se conectaba en su brazo sin el cual no podría sobrevivir. El cable por el que el suero le daba los nutrientes necesarios. El cable que llevaba hacía tres años. Winona se giró y dejó que el calorcito del cuerpo de Allan terminara conduciéndola al sueño.